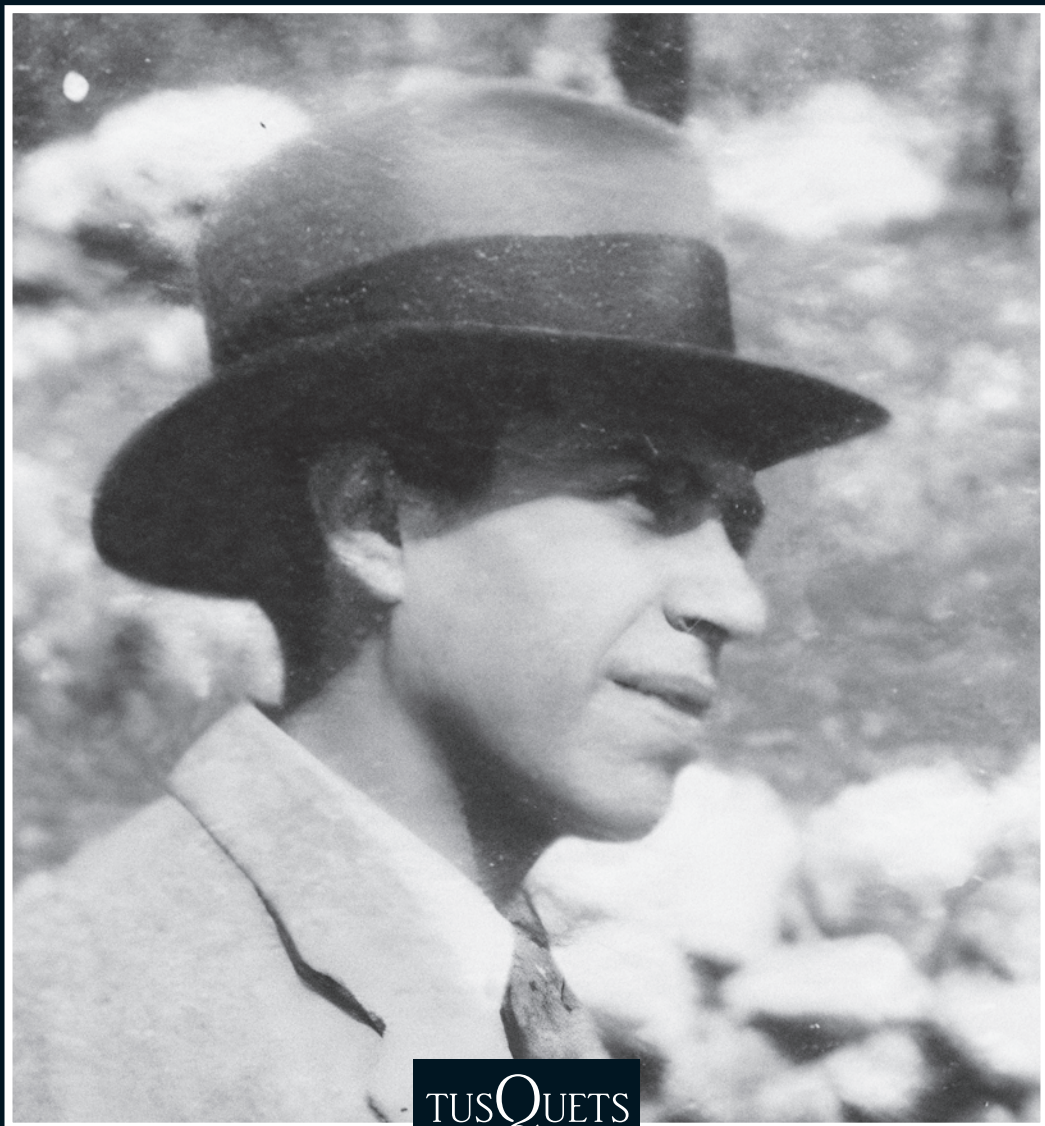


Leonardo Sciascia

LA DESAPARICIÓN DE MAJORANA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

LEONARDO SCIASCIA
LA DESAPARICIÓN DE MAJORANA

Traducción de Juan Manuel Salmerón

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *La scomparsa di Majorana*

1.ª edición: julio de 2007

1.ª edición en esta presentación: octubre de 2023

© Leonardo Sciascia Estate. Todos los derechos reservados. Publicado en Italia por Adelphi Edizioni, Milán. Derechos negociados a través de Italian Literary Agency y Ute Körner Literary Agent.

© de la traducción: Juan Manuel Salmerón Arjona, 2007, 2023

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-338-7

Depósito legal: B. 14.349-2023

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

Capítulo I	13
Capítulo II	23
Capítulo III	33
Capítulo IV	47
Capítulo V	57
Capítulo VI	67
Capítulo VII	75
Capítulo VIII	83
Capítulo IX	93
Capítulo X	101
Capítulo XI	109

«Roma, 16 de abril de 1938, XVI

»Excelentísimo señor:

»Le ruego que reciba y escuche al señor Salvatore Majorana, que ha de conferenciar con usted sobre el desgraciado caso de su hermano, el profesor desaparecido.

»Al parecer hay nuevos indicios que aconsejan investigar también en los conventos de Nápoles y alrededores, quizá de todo el sur y el centro de Italia. Le encarezco mucho el asunto. El profesor Majorana ha sido en los últimos años una de las grandes eminencias de la ciencia italiana. Si, como esperamos, estamos todavía a tiempo de salvarlo y devolverlo a la vida y a la investigación, no debemos excusar ningún medio.

»Reciba cordiales saludos y mis mejores deseos de felices pascuas, suyo,

»Giov. Gentile.»¹

1. Giovanni Gentile (1875-1944), filósofo italiano, fue ministro de Educación con Mussolini. (*N. del T.*)

Esta carta, escrita en papel con membrete del «Senado del Reino» y metida en un sobre que decía: «Del senador Gentile – Urgente – Para S.E. el senador Arturo Bocchini – E.M.», la recibió sin duda E.M. (En Mano) Bocchini, el jefe de policía, el mismo día en que fue escrita. Dos días después, el señor Salvatore Majorana se presentó en su despacho, y en la antesala, al rellenar la solicitud de audiencia, donde ponía: «Objeto de la visita (especificar)», especificó: «Tratar sobre importantes indicios en el caso del desaparecido profesor E. Majorana. Carta del senador Giovanni Gentile».

Bocchini lo recibió, seguramente de mala gana. Había tenido tiempo para informarse sobre el caso y, por su experiencia y oficio, debió de pensar que era lo de siempre: un loco desaparecido y una familia no menos loca. Sabido es que la ciencia, como la poesía, está a un paso de la locura, y ese paso creyó que lo había dado aquel joven profesor arrojándose al mar o al Vesubio o dándose muerte de una manera más estudiada. Y la familia, como ocurre siempre que no aparece el cadáver o aparece tiempo después, por casualidad y ya irreconocible, comete la locura de creer que sigue vivo; sin embargo, esta

locura duraría poco si no fuera por esos otros locos que siempre salen diciendo que han visto y reconocido al desaparecido, y dan de él señas (que, en realidad, al principio son vagas, pero que la familia, con su ansioso preguntar, convierte en ciertas). Seguro que era eso: ahora los Majorana creían que el joven profesor vivía retirado en un convento, y tan convencidos estaban que poco les habría costado convencer a Giovanni Gentile, un filósofo al que él, el jefe de policía, no podía tratar como a un filósofo.

Ya la sola petición de buscar en los conventos –de Nápoles y alrededores, del sur y del centro de Italia, decían, aunque ¿por qué no también del norte, o de Francia, o de Austria, o de Baviera, o de Croacia?– le habría bastado para mandar el caso al diablo; pero estaba por medio el senador Gentile. Aun así, de lo de los conventos ni hablar: que los familiares del desaparecido se dirigieran al Vaticano o al Papa; seguro que suplicar daría más resultado que cualquier investigación de la policía, del Estado italiano. Lo único que podía hacer el senador Bocchini era ordenar otra investigación más a fondo a partir de los testimonios e indicios que, según el señor Salvatore Majorana, demostraban que su hermano no se había suicidado.

La entrevista, en la pluma del secretario, halló trámite y síntesis, síntesis admirable, como la de todos los comunicados de la policía italiana, en los que aquello que parece, en el plano gramatical, sintáctico y lógico, raro o incoherente, es en cambio un lenguaje que alude, indica u ordena. Teniendo esto en cuenta, el documento da la impresión sin duda certera de que lo que se pedía a la Div. Pol. (¿División Política?) a la que iba dirigido y a las policías de Nápoles y Palermo era que se atuvieran a la hipótesis más probable y menos complicada: la de que el profesor se había suicidado. Es decir, ya sabían cuál había de ser el resultado de la nueva investigación.

«Objeto: Desaparición (con propósito de suicidio) del profesor Ettore Majorana.

»El señor Salvatore Majorana, hermano de Ettore Majorana, el profesor desaparecido el 26 de marzo del corriente, informa de nuevas circunstancias que la propia familia ha podido verificar.

»El caso ya se investigó en su momento con la colaboración de la policía de Nápoles, y ni en esta ciudad ni en Palermo se sacó nada en claro. El profesor Majorana embarcó en Nápo-

les con destino a Palermo con idea de suicidarse (según anuncia en unas cartas), y se creyó que se había quedado en Palermo. Pero esto puede ahora descartarse porque en la empresa de transportes Tirrenia ha aparecido el billete de vuelta y el sujeto mismo fue visto a las cinco en la cabina del barco, durmiendo, durante el viaje de regreso. A primeros de abril parece que también lo vio –y reconoció– en Nápoles, subiendo por Via Santa Lucia, entre el Palacio Real y la Galleria, una enfermera que lo conocía y que vio y adivinó el color del traje.

»Por eso los parientes del profesor Majorana están convencidos de que regresó a Nápoles, y piden que se examinen de nuevo las fichas de hotel de la ciudad de Nápoles y provincia (la primera *i* de Majorana se escribe *j*, por lo que bien pudo pasar inadvertido en las primeras investigaciones),² y que la policía de Nápoles, que ya dispone de una fotografía, intensifique la búsqueda. Por ejemplo, podría averiguarse si compró algún arma en Nápoles del 27 de marzo en adelante.»

2. En italiano, la *i* entre vocales podía escribirse *j* (*i lunga*). (*N. del T.*)

Lo que primero llama la atención es el evidente descuido de advertirnos que la primera *i* se escribe *j*, ya que íes Majorana sólo tiene una; pero el despiste podría tener el papel que se suele atribuir a los lapsus, y dar a entender: vean a qué absurdos detalles se aferra esta absurda gente. Menos distracción o error parece el afirmar que la enfermera «adivinó» el color del traje; eso encerraba un juicio sobre su testimonio: ella dice que lo vio, pero debe entenderse que lo adivinó. En todo el comunicado, por lo demás, hay como un sobrentendido: téngase en cuenta que quienes piden una nueva investigación y aportan las pruebas son los familiares; nosotros seguimos convencidos de que el profesor, aunque no se sepa dónde ni cómo, se suicidó... y así como no se sacó «nada en claro» de las primeras investigaciones, tampoco se sacará nada en claro de éstas.

Sobre el documento hay notas manuscritas en letra grande y apresurada; la primera, a lápiz violeta, dice: «Urge trat(arlo)»; la segunda, a lápiz verde: «Decir a la Div. Pol. que S.E. desea que se intensifique la búsqueda». Estas dos notas son casi ilegibles; no así la tercera, a lápiz azul, que dice: «Hecho». Los tres colores reflejan seguramente el orden jerárquico: el violeta, que

entonces era señal de distinción, de una distinción levemente anticuada (usó tinta violeta Anatole France, y los escritores entre 1881 y 1930 en general redactaron lo que los catálogos de libros antiguos denominan «llamadas» con tintas de un violeta litúrgico), era quizá del mismo Bocchini (persona, por lo que entonces se decía, refinada, ecuánime, epicúrea); el verde, que denota el deseo servil y por tanto vulgar de imitar la originalidad del superior, debía de ser del secretario, y el azul, por último, color académico y burocrático, del jefe de la «Div. Pol.».

En el reverso del segundo folio hay, a pluma, una última anotación: «Despachado con el doctor Giorgi, que ha tomado nota y ha procedido. 23/4. ARCHIVAR».

Apenas cinco días después de la entrevista del señor Salvatore Majorana con el jefe de policía, esa palabra, «archivar», daba prácticamente por cerrado el caso. Un comunicado anónimo se incluyó luego en el expediente (con firma al final del funcionario que lo visó), fechado en «Roma, 6 de agosto de 1938» (así, sin hacer constar el año de la Era Fascista, curiosa y grave omisión si era un documento oficial):³ «Volviendo a

3. El primer año de la Era Fascista, la cual duró hasta la caída del fascismo en julio de 1943, se inició al día siguiente de la Mar-

lo de los movimientos contra intereses italianos, sé que en ciertos ambientes hay quien sospecha que Majorana, hombre de grandísimo valor en el campo de la física y en especial de la radio-transmisión, y el único que podía proseguir los trabajos de Marconi en interés de la defensa nacional, ha sido víctima de alguna oscura conspiración para quitarlo de en medio».*

El anónimo informador, evidentemente especializado en olerse *movimientos contra intereses italianos*, se anticipaba en algunos años, y, como a todos los que se anticipan, nadie debió de hacerle caso. Sospechas como éstas, en 1938, no las tomaban en serio ni los servicios secretos alemanes o norteamericanos, y difícilmente los ingleses o franceses. Y la policía italiana debió de

cha sobre Roma, es decir, el 29 de octubre de 1922. A partir de 1927 era obligatorio añadir el año de la Era Fascista al año de la era cristiana, en números romanos; 1938 era el XVI, tal como figura, por ejemplo, en la carta del inicio. (*N. del T.*)

* Esta breve nota ilustra con elocuencia sobre la clase de gente que eran la mayoría de los «confidentes». La sospecha de que la desaparición de Majorana fuera un caso de intriga y espionaje *contra intereses italianos* sólo podía brotar en *ambientes* de la más baja administración, entre porteros y ujieres (lo que seguramente era el anónimo «confidente»), entre tenderos y comerciantes; pero no, desde luego, entre físicos, diplomáticos y altas jerarquías del ejército y de la administración. Y seguro que los que concibieron esa sospecha lo hicieron después de que *La Domenica del Corriere* publicara la noticia de la desaparición de Majorana, y eran lectores de esta publicación. (*N. del A.*)

considerar aquello tan absurdo que decidió dar carpetazo definitivamente al caso Majorana. Es cierto que los italianos creían que Marconi había dejado listos algunos inventos que, a falta de otra cosa –como ya iba viéndose–, harían invencible a Italia en la guerra que se temía inminente. En particular, se rumoreaba acerca del invento de un «rayo mortal» con el que, se decía, se había experimentado fulminando desde Roma una vaca colocada al efecto en un descampado de Addis Abeba. Solamente queda constancia de esto en esa especie de «diccionario de las ideas recibidas» bajo el régimen fascista que es la comedia *Raffaele* de Vitaliano Brancati:

«–¡En Etiopía ha muerto una vaca!

»–¿Una vaca? ¿En Etiopía? ¿Y qué tiene eso de raro?

»–¡Si supieras cómo ha muerto!

»–Pues ¿cómo ha muerto?

»–Parece ser que Marconi ha probado en Etiopía un rayo mortal que fulmina sin piedad a cuantos animales y seres humanos pilla por delante.

»–¿Qué me dices? ¡Pues estamos de suerte!».

Pero no eran sino eso, ilusiones; demasiado bien lo sabía Arturo Bocchini.